

LA PRIMITIVA COMUNIDAD DE JERUSALÉN

INTRODUCCIÓN

Existen voces dentro de nuestra sociedad democrática que indican la necesidad de volver la mirada hacia atrás con el ánimo de retomar la forma de actuar de las primeras comunidades cristianas.

¿Por qué? Porque estiman que el humanismo cristiano tiene como base a las primeras comunidades de nuestra era. Ciertamente que es así. Sin embargo, conviene puntualizar que más que imitar la forma de actuar de estos creyentes, bueno sería que acudiéramos al reencuentro del dinamismo que hizo posible tal actuación.

La exposición que seguidamente vamos a mostrar pretende descubrir este dinamismo que en cristiano tiene un nombre Espíritu Santo. Él hizo posible el cambio del Antiguo al Nuevo Testamento. La comunidad primitiva de Jerusalén descubrió en las vivencias crísticas esta misteriosa fuerza. Ella fue la protagonista del cambio de paradigma.

Por tanto, no se trata de imitar la actuación de esta comunidad, se trata más bien de vivir la experiencia de la resurrección en cada personal existencia. Es a partir de esta experiencia que el Pentecostés se revela y mueve a un actuar completamente novedoso. La Buena Nueva, el Evangelio es la consecuencia de esta forma de actuar.

¿Dónde se reencuentra cada creyente con este misterio? En el Templo de su corazón ¿Cómo? A través de la fe ¿Cuándo? Cristo espera, todo depende de la personal libertad de cada individuo. La exposición que seguidamente realizamos tiene como fin (al igual que los textos bíblicos), despertar la fe del creyente, o mantenerle en estado de constante vigilia.

1. ORIGEN DE LA COMUNIDAD PRIMITIVA

¿Fundó Jesús la Iglesia o ha sido una iniciativa de sus discípulos?

La muerte de Jesús fue un golpe durísimo para sus discípulos. Aunque Él muchas veces les había anunciado que tenía que morir, ellos no lo entendieron. Su idea de un Mesías triunfador y liberador no encajaba con el hecho de la muerte. Y, cuando la muerte se hizo realidad, quedaron absolutamente desconcertados: Judas, uno de los doce, le traicionó; Pedro el jefe del grupo, lleno de miedo, juró que no le conocía; todos le abandonaron en manos de sus enemigos. Sólo Juan, con María, la Madre de Jesús, y algunas mujeres le acompañaron al pie de la cruz.

Cuando Jesús, se les manifestó resucitado este panorama de miedo y frustración cambió por completo. Cristo les comunica el Espíritu (Jn 20,22), como les había prometido en la noche de la última cena para que entendieran la verdad plena (Jn 16, 12-13). Y entonces, de golpe, comprendieron todo lo que, hasta entonces, les resultaba incomprensible. Su inteligencia se llenó de luz y su corazón de calor. Su miedo se transformó en valentía y su complejo de fracasados en una esperanza ilusionada. La presencia del Resucitado reunió de nuevo a los que el miedo a la muerte había separado.

Jesús se dejó ver en varias ocasiones y así, los que habían convivido con El, comprendieron que era el mismo que ahora vivía una nueva vida gloriosa. El Jesús histórico con quien habían compartido su vida, se convertía ahora en el Cristo de la fe. Y, con este convencimiento y esta seguridad, ellos se convertían en sus testigos y sus mensajeros: testigos de todo lo que habían visto y de todo lo que habían oído; mensajeros que llevarían su anuncio, su mensaje, su palabra, su estilo de vida, a todos los lugares del mundo.

En la última de sus apariciones, Jesús, el Resucitado, dijo a sus discípulos que esperasen en Jerusalén hasta que el Padre cumpliera sus promesas. Y el Padre no tardó en cumplirlas. Este tiempo será la continuidad de la comunidad cristiana con el Jesús pre-pascual.

Los discípulos no deben alejarse de Jerusalén. Sencillamente porque la expansión del Evangelio debe tener como punto de partida el lugar donde había comenzado todo, según la teología de Lucas, autor de los Hechos. El autor quiere inculcar a sus lectores que el evangelio predicado, y vivido, comienza a hacerse vida en Jerusalén y, partiendo de la Ciudad Santa se extenderá por el mundo de los gentiles hasta llegar a Roma, cumpliéndose así las palabras de Jesús: "Seréis mis testigos en Jerusalén ... y hasta las confines de la tierra". Por eso, cuando el evangelio llega a Roma, el autor termina abruptamente su narración.

En Jerusalén deben esperar que se cumpla la promesa del Padre. Promesa que está centrada en la efusión del Espíritu (Pentecostés). Es el bautismo del Espíritu que el mismo Jesús había prometido y que garantizaba su presencia operante en los discípulos para los momentos difíciles que deberían pasar a causa del evangelio. El grupo de discípulos, con los Doce y Simón Pedro a la cabeza de ellos, constituyen la anticipación, el germen de la futura Iglesia. Pero ellos no son todavía la Iglesia. Para ser Iglesia se requiere que tengan conciencia de que Jesús es el Cristo y que reciban el Espíritu que les abrirá los ojos, para comprender todo lo anunciado por los profetas en relación con Jesús.

El punto de partida de la Iglesia es, pues, la Resurrección. Resurrección Ascensión y Pentecostés como un solo acontecimiento constituyen el nacimiento de la Iglesia fundada en Cristo, como fruto del encuentro vivencial del Resucitado con los discípulos, a quienes infundió la fuerza necesaria para que ellos pudieran hacer vida su mensaje. Según el cuarto evangelio (Juan), el encuentro del Resucitado con sus discípulos tuvo lugar en el mismo día de Pascua, mientras que el autor de Hechos (Lucas), lo asocia con la festividad de Pentecostés celebrada cincuenta días después. Uno y otro suceso no son nada más que dos formulaciones distintas de un mismo acontecimiento. Pentecostés y Pascua encierran la misma realidad. Los dos escritores sagrados tienen razón porque el Pentecostés bíblico no es un día concreto sino un proceso histórico que abarca desde la Resurrección de Jesús, hasta el fin de los tiempos. Cada persona tiene su Pentecostés (encuentro con el Resucitado) en su momento histórico y en él empezará a ser cristiana. Y cada apóstol pudo tener ese encuentro con Cristo resucitado a diversas horas y en distintos días; pero, eso sí, todos recibieron la fuerza del "pneuma" pentecostal.

No es fácil precisar en qué consistió el encuentro-experiencia de las apóstoles con Cristo. Lo que sí resulta cierto es que la iniciativa viene siempre de El, luego El, y en El se fundó la Iglesia.

También es cierto que, en ningún momento de su vida, fundó Jesús una comunidad de creyentes perfectamente organizada y diferenciada de las que existían en el marco socio-religioso de Israel, como lo fueron sin duda los esenios. Menos aún fundó una Iglesia jerarquizada y universal como la otra alternativa a todo el pueblo de Israel. Porque ya hemos señalado, su gran preocupación fue anunciar a todas los hijos de Israel la inminente venida del Reino de Dios (TEXTO 1).

¿Cómo entiende la Iglesia su nacimiento?

La Iglesia se entiende a sí misma como fundación de Dios en Jesucristo. Pero, ¿qué significa esto? Desde luego que la Iglesia reconoce su origen histórico en la primera mitad del siglo I y reconoce su existencia a partir de la fe de los apóstoles, que confesaron que Jesús es el Mesías, el Cristo. Además, la Iglesia entiende la fe de los apóstoles y la experiencia pascual que la sustenta, no como un fenómeno psicológico creado en la mente de los apóstoles por la muerte de Jesús, sino como respuesta suscitada por la acción de Dios en Jesucristo, es decir, por la resurrección. Esta es la interpretación de los hechos desde la fe. Jesús no resucitó sólo en la interioridad de los apóstoles, sino que constituye un suceso en Jesús mismo, entre el Padre y El, por la fuerza del Espíritu.

La resurrección de Jesús es un hecho real y objetivo. Más aún, la historia no es capaz de contener toda la profundidad de la resurrección ya que rebasa los límites en los que está inmersa (espacio-tiempo), para situarse en un plano superior que podemos llamar meta-histórico, por encima de la historia.

Por otra parte, la Iglesia entiende que está fundada por Dios en la persona de Jesús y no sólo en su mensaje. La Iglesia sabe que no puede existir si abandona su comunión de vida con Jesucristo resucitado. Entiende que ha sido fundada como una comunidad viva y, en consecuencia, como realidad histórica. Aquellos hombres, que formaron la Iglesia, estaban convencidos de la resurrección de Jesús: ella y sólo ella era la que les hizo cristianos, a ella se debe el nacimiento de la Iglesia. Por la convicción de estos hombres hubo Iglesia y hoy hay creyentes cristianos. En este sentido, creer en Jesús sin creer en su resurrección es un tipo de fe posible pero todavía no cristiana: es estar todavía en el Antiguo Testamento o algo parecido.

La Iglesia se entiende a sí misma como un árbol que crece y cambia, sometido a múltiples situaciones, acoplándose a los signos de los tiempos, pero sin abandonar las raíces. La primera comunidad cristiana empezó a crecer, como un grano de mostaza que se desarrolla, se convirtió en un gran árbol y, pronto dio fruto, pero, en ocasiones, se encontraron ramas desgajadas por los fuertes huracanes. Así, creció poco a poco la Iglesia, Pero no nos adelantemos. Vamos, a ver cómo era aquella pequeña semilla que produjo tanto fruto en tan poco tiempo. Es apasionante penetrar en los orígenes de aquella primera comunidad que impulsada por el Espíritu, vivía de la fe en Cristo Resucitado con tal intensidad que animaba a los demás a hacer lo mismo. ¡Qué buen estímulo para nosotros hoy ¡Ojalá despierte nuestras inquietudes!.

¿Empezó "todo" en Jerusalén o en Galilea?

Los mismos discípulos que le acompañaran en su vida pública se reunieron de nuevo, después de su muerte, precisamente en Jerusalén, según nos narra el autor de los Hechos. No cabe duda alguna, si leemos los evangelios, que Jesús había previsto el reagrupamiento de sus discípulos, los cuales, como perseguidos y miedosos, permanecerían unidos. Siguiendo al mismo autor sagrado, en Jerusalén tuvo lugar el encuentro pascual con Cristo, recibiendo los discípulos la fuerza del Espíritu para ser sus testigos.

En Hch 1,8: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra", el autor antepone su enfoque teológico al histórico para señalar que se cumplió el testamento de Jesús. De ahí, que se presenta a Jerusalén como la cuna de la naciente iglesia. En esta ciudad residiría la primera comunidad cristiana. En favor de esta tesis está la tradición de siglos que vinculan el nacimiento de la Iglesia a Jerusalén y considera al Cenáculo como la cuna del cristianismo. Todo eso es motivado, por la omisión de noticias en el libro de los Hechos sobre una posible vuelta o huida de los discípulos a Galilea.

Lo que aparece como históricamente más probable, tras la muerte de Jesús, es la total dispersión de los apóstoles. Es normal que regresen a Galilea de donde procedían y allí piensen en volver a sus trabajos. Este dato del "regreso a Galilea" lo considera la crítica como un dato firme. En tradiciones posteriores se va teologizando y convirtiéndose en un mandato de ir a Galilea que da el ángel (Mc 16,7). ¿A qué viene ese mandato de ir a Galilea? El mejor argumento, que se puede dar es como una forma de justificar el hecho de la marcha de las apóstoles a Galilea: "Los once discípulos se fueron a Galilea" (Mt 28,16). Sin embargo, el autor de Hechos, debido a sus peculiares intereses teológicos, desea colocar las apariciones en Jerusalén, y, como no se atreve a abandonar del todo el dato de Galilea lo cambia de sentido.

Sin embargo, al fijarnos en los evangelios veremos que existe una doble tradición en torno a las apariciones del Resucitado. Mientras que Lucas narra todas las apariciones de Jesús en Jerusalén, tanto Marcos como Mateo admiten la presencia del Resucitado en Galilea. Por esto, algunos críticos piensan que existió en Galilea una comunidad paralela o un grupo de comunidad (H. Conzelmann). Esta hipótesis es muy verosímil. La Iglesia no estaba limitada a la ciudad de Jerusalén, pero sabemos más de esta comunidad que de la aparecida en Galilea de la que sólo se sospecha su existencia.

Según esto ¿cuál fue la Iglesia-madre del cristianismo?

Siguen en pie las diversas interpretaciones de la palabra Galilea ¿Fue un monte galileo, donde Jesús dio el testamento espiritual a sus discípulos o, más bien, se llamaba el monte Olivete_"monte de Galilea" debido a la comunidad que residía en él?

El monte Olivete o monte de los olivos, llamado así por los muchos olivares que en él había, se eleva al oriente de Jerusalén, separado de la ciudad por el valle del Cedrón. Lucas señala que el monte dista de Jerusalén el camino de un sábado, es decir, 2.000 codos judíos o 1.050 metros, un cuarto de hora caminando que era el tiempo que estaba permitido en día de sábado. En la falda del monte de los Olivos, dentro ya del valle del Cedrón, aún hoy, se conserva un pequeño huerto de olivos, que se suponen retoños de aquellos que presenciaron la oración de Jesús. Todos estos lugares fueron recorridos por Jesús y los discípulos en varias ocasiones.

Al pie del Olivete comenzó su pasión con la agonía; en la cumbre del mismo, a la vista de la Vía Dolorosa y del Gólgota quiso comenzar su gloria, para señalarnos de una manera intuitiva la conexión entre los padecimientos de esta vida y los goces de la eterna felicidad. Y como todo es predicación y proclamación de su mensaje, podemos concluir que "todo lo de Jesús" empezó en Palestina, bien fuese Jerusalén la cuna de la Comunidad primitiva o Galilea la patria de la Comunidad de Jesús, inicio de la Iglesia. En Galilea, después de la Resurrección se puede ver a Cristo pero, para ello, hace falta haberle acompañado hasta Jerusalén donde murió; en definitiva, y al margen del lugar geográfico, para "verle" hace falta tener fe en Él.

No obstante, si seguimos al autor de los Hechos sabemos que el encuentro del resucitado con los discípulos tuvo lugar en Jerusalén. Ese encuentro, dio como resultado la puesta en marcha de la Iglesia. Por eso se conceptúa a la comunidad surgida en Jerusalén, como la Iglesia madre del cristianismo, aunque sus inicios primeros procedieran de Galilea donde tuvo lugar la predicación de Jesús y la elección de sus discípulos. La comunidad de Jerusalén dominó, según parece, el resto de las comunidades cristianas entre los años 49 y 70 es decir, en el período de formación del cristianismo. Desde Jerusalén se extenderá el evangelio al mundo entero.

Donde acaba la predicación de Jesús, comienza la de la Iglesia. La Iglesia, germen del Reino, es esencialmente misionera y sus fronteras serán las del mundo. En el siguiente apartado veremos

los cimientos del gran edificio llamado Iglesia, investigaremos sus orígenes y seguiremos la larga marcha, la apasionante marcha de los miembros que la formaron.

2. PROCESO HISTORICO DE LA COMUNIDAD DE JERUSALEN

¿Qué fuentes de información tenemos sobre la Comunidad de Jerusalén?

La información sobre la vida de la Comunidad de Jerusalén nos llega, sobre todo, a través de las cartas de Pablo y de los Hechos de los Apóstoles. De estas dos fuentes de información, la que aporta más datos directos es la del libro de los Hechos de los Apóstoles. Este libro, como se ve por el prólogo, es la segunda parte del evangelio de Lucas o tercer evangelio. El punto de engarce es la Ascensión de Jesús que corona su vida terrestre y funda la misión universal de la Iglesia.

El título que lleva el libro desde finales del siglo II no responde exactamente a su contenido, pues de los doce apóstoles, sólo Pedro desempeña un papel importante, mientras Pablo se convierte después en primera figura. Se debería llamar "la expansión del Evangelio" o algo más apropiado. El Libro no pretende ser una historia completa, sino señalar los acontecimientos más importantes respecto a la expansión del Evangelio y, especialmente, de la gran decisión de anunciarlo a las paganos.

Más que las dificultades internas de la misma iglesia primitiva, lo que interesa al autor es la misión, la iglesia como instrumento de Cristo para la salvación de la humanidad, los asuntos internos se describen sólo en cuanto inciden sobre el avance de la salvación en el mundo.

El autor, como ya hemos señalado en varios momentos, es el mismo que el del tercer evangelio, identificado desde el siglo II con Lucas, "el querido médico". No todos, sin embargo, admiten esta identificación y piensan que el autor es un cristiano anónimo. Porque si Lucas fuese el autor y hubiese sido compañero de Pablo, no se explicarían fácilmente las discrepancias teológicas entre los dos. Así, por ejemplo, el concepto de apóstol, que Lucas reserva para los Doce, para Pablo, tiene un sentido más amplio. De forma que excluirle a él mismo, heriría la fibra más delicada de su sensibilidad (1 Cor 9,1). Por otra lado, el centro de la teología paulina es la cruz y en Hechos predomina la teología de la gloria. Estas dificultades, para algunos, no son obstáculo para seguir atribuyendo el libro de los Hechos a Lucas.

El libro presenta la carrera victoriosa, a pesar de todas las dificultades, del evangelio desde Jerusalén hasta Roma. Por eso el verdadero protagonista de Hechos no es ni Pedro ni Pablo sino el Espíritu Santo. Presenta el testimonio más elocuente de la verdad de la palabra de Jesús: "Seréis mis testigos en Jerusalén... hasta los confines de la tierra". La fecha de composición debería fijarse a finales del siglo I.

Una comunidad cristiana, ¿quién la reúne? ¿quién la convoca?

¿Qué es una comunidad? Hoy se utiliza con demasiada frecuencia este vocablo: Comunidad Europea, comunidad educativa, comunidad de vecinos... El término comunidad indica generalmente un grupo de personas que viven juntas o que tienen bienes o intereses en común. En un sentido especial, el término comunidad se refiere a un grupo religioso (hombres-mujeres) que viven juntos o se reúnen con cierta frecuencia por una finalidad pastoral, mística o ascética. Se suele contraponer comunidad a sociedad. La sociedad hace referencia especialmente al Estado donde prevalecen las relaciones comerciales, científicas, económicas, etc. La comunidad, por el contrario, acentúa las relaciones interpersonales.

¿Cómo era la comunidad de Jesús? En los evangelios aparece un hecho fundamental: Jesús formó en torno a sí un grupo, una comunidad de discípulos. Esta comunidad, tal como aparece en los evangelios, es un grupo relativamente amplio. Es decir, no se limita sólo a los Doce. Es más, se puede afirmar que fue un grupo numeroso: setenta y dos de ellos fueron enviados por Jesús a una misión especial. En el grupo, había varones, como Leví, el hijo de Alfeo (Mc 2, 14), José apellidado Barsabá y Matías (Hch 1,23). También había mujeres (Lc 8, 1-3), seguramente viudas, ya que disponían de sus bienes. Se trataba, por tanto, de un bloque de personas, diferenciadas del resto de la población con unos vínculos que les unían muy estrechamente. Se puede, por consiguiente, hablar de una comunidad.

Como sabemos, Jesús escogió a doce entre los miembros de esta comunidad. A estos doce discípulos les confirió una misión y unos poderes especiales (Mt 10, 7-8). A ellos se les comunicó el Espíritu que el Resucitado les había prometido para que fueran testigos de Jesús "en Jerusalén y en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra". De hecho, estos "doce" desempeñaron una función de primera importancia en la constitución de la Iglesia. Pero conviene hacer una advertencia, que a veces no se tiene en cuenta, cuando se habla de la comunidad de discípulos que organizó Jesús.

Los "doce", además de la función histórica que desempeñaron en la organización y estructuración de la Iglesia, tenían evidentemente una dimensión simbólica: ellos representaban a las "doce tribus" de Israel, es decir, simbolizaban la plenitud del nuevo pueblo de Dios (1). Como ha dicho Congar: de la misma manera que el pueblo de Israel había sido como la posteridad, la expansión y la multiplicación de los doce hijos de Jacob, así la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, no era otra cosa que la posteridad y el desarrollo de los doce apóstoles.

En síntesis: la intención fundamental de Jesús fue constituir una comunidad. Dentro de esta comunidad los doce desempeñaron una misión particular. Pero debe quedar muy claro que lo primordial y básico en la iglesia es la comunidad toda entera. Los doce no son anteriores y exteriores a la comunidad, sino que surgen dentro de ella y al servicio de ella. El proyecto, pues, de Jesús fue formar una comunidad de discípulos.

¿Quién define esta comunidad? Si en la vida pública de Jesús fue El quien iba reuniendo a los que quiso llamar en torno a sí, también fue El, quien después de su resurrección, les envió su Espíritu para que tuviesen la fuerza necesaria para ser sus testigos y mensajeros entre los pueblos. De esta primera comunidad surge la Iglesia. Sabemos, por otra parte, que la palabra "Iglesia" viene de una raíz griega que significa "reunir", "llamar"; la iglesia es la reunión de los que han sido llamados, convocados. ¿Quién convoca? ¿Quién da la vida y el dinamismo a esta comunidad? A esta comunidad-Iglesia pertenecen los que son llamados o convocados por el Señor, a los que El otorga la fe bajo la acción del Espíritu. Los discípulos se reunieron tras la experiencia pascual y se constituyeron en comunidad de Cristo, con base en los sucesos que Dios había obrado: la resurrección de Jesús y la efusión del Espíritu.

Según esto, la Iglesia no es, pues, el resultado directo del mensaje evangélico y del ministerio público de Jesús. No es la simple reanudación y continuación del grupo de los discípulos con el núcleo de lo Doce. Como lo atestigua el final de los cuatro evangelios, la Iglesia es el resultado directo, de la misión recibida del Señor resucitado y del don del Espíritu. La Iglesia anuncia el Reino de Dios y constituye su anticipación (Lc, 5), gracias al don del Espíritu. Ese Espíritu que va presentando Lucas como el que da la vida y el dinamismo a la primera comunidad.

Por tanto, las bases de la comunidad eclesial deben buscarse no sólo en el mensaje anunciado por Jesús sino más bien en su presencia misma como catalizador e impulsor de la comunidad. Ésta

se cimenta sobre el pilar inmovible de la resurrección de Cristo, aun cuando se remonte históricamente a la vida misma de Jesús de Nazaret (TEXTO de Salas).

Lo importante para la primera comunidad fue la conciencia de haber recibido el Espíritu Santo del Mesías, del Señor Resucitado, como fruto de la promesa hecha por Jesús en su vida terrena. Esto les diferencia de modo característico del judaísmo, como veremos más adelante. Si el cristianismo primitivo se hizo comunidad independiente fue por una necesidad interior de ser fiel a la misión recibida y a la fe en Cristo Resucitado.

La Comunidad de Jerusalén ¿cuáles fueron sus primeros pasos?

La gran mayoría de los que la formaban eran oriundos de Jerusalén o, al menos de Palestina. Hablaban el arameo y, como es natural, se sentían muy arraigados en las tradiciones judías y vivían apegados al Templo o la sinagoga. Tanto es así, que permanecían en la estricta observancia de la ley de Moisés practicaban la circuncisión y subían diariamente al Templo para hacer sus oraciones. De modo que su conducta apenas difería exteriormente de la que llevaban otros judíos piadosos como los esenios. Por eso, dice Lucas, “eran bien vistos por el pueblo” y en más de una ocasión fueron defendidos por los fariseos. De hecho, sabemos que los judeo-cristianos fueron los últimos en padecer la persecución y la hostilidad.

¿Cómo fueron agrupándose? Siguiendo una antigua fuente de la que dispone Lucas, se señala que llegaban a ser ciento veinte (2), un número, suficiente en la ley judía para formar una comunidad distinta con su propio Sanedrín. Este Sanedrín o Consejo de los judíos, en el que se trataban y resolvían los asuntos civiles y religiosos del pueblo, queda indicado por la repetición de la lista de los Doce, con Pedro a la cabeza. Son conscientes de su oficio y nos presenta Lucas las dos preocupaciones más importantes de esta comunidad mientras espera la venida del Espíritu: estar juntos y ser doce.

Lucas insiste en que los creyentes estaban reunidos en torno a los once con unas cuantas mujeres, entre ellas María, y perseveraban a la oración (Hch 1, 13s). Tenemos aquí la imagen de una comunidad bien estructurada (son unos 120, o sea 10 por apóstol, según la organización conocida en Qumran), en la que todo está en su sitio, pero en la que sólo falta un cosa: la vida. Pero la vida vendrá cuando el Espíritu descienda sobre ellos.

Pero en el plan de Dios no puede haber imprevistos. Eso pertenece a las categorías humanas, no a las divinas. Por eso, se recuerda la acción de Judas y cómo hay que cubrir inmediatamente el hueco dejado por El.

En primer lugar, hay que explicar cómo pudo fallar uno de los Doce escogidos por Jesús. Para ello Pedro apela a la Escritura: este fallo entra misteriosamente en los planes de Dios. Y dos citas de los salmos indican que alguien tiene que ocupar su sitio. Las condiciones estrictas requeridas para su elegibilidad prueban la importancia de esta función: haber sido testigos de la vida terrena de Jesús, a partir del bautismo de Juan, y, sobre todo, testigos de la resurrección de Jesús.

Estamos ante el primero de los múltiples discursos que contiene el libro de los Hechos. Estos discursos, en general, son un medio literario absolutamente de acuerdo con la costumbre de la época. A partir de Tucídides, se recurre a los discursos para dar viveza a la narración e interpretar el sentido más profundo de los acontecimientos. Se suele desconocer quién ha sido el verdadero autor del discurso. Unos pudieron haber sido pronunciados o simplemente inventados y puestos en labios de determinados oradores. La mayoría de los discursos de Hechos, encajan dentro de la segunda posibilidad. ¿Quiere esto decir que no son históricos? Depende del concepto que se tenga de historicidad.

Si yo afirmo que Cristo no pronunció las palabras "donde esté el cadáver, allí se juntarán los buitres" (Mt 24,28), no estoy negando la realidad contenida en dicha frase, que se pone en labios de Cristo. Estoy simplemente distinguiendo, entre verdad histórica y técnica de presentación de la misma. La historicidad debería cuestionar si el discurso creado no reproducía con fidelidad la realidad objetiva que intentaba expresar. Por ejemplo, si Lucas pone un discurso en labios de Esteban, la historicidad debe enfocarse desde el contenido del mismo, es decir, si responde a lo que Esteban pensaba, fuera o no pronunciado por él en ese momento. Si ese discurso quiere recoger las verdaderas causas de la persecución de Esteban, ese discurso está dentro de la historicidad, sea pronunciado por Esteban o puesto por Lucas en labios de Esteban aunque no lo hubiera pronunciado en esa ocasión ni en ninguna otra.

Aclarada la historicidad de los discursos nos encontramos, con Pedro que dirige la elección del sustituto de Judas. La presentación de los candidatos debe hacerla la comunidad. Una comunidad, que como hemos señalado, estaba constituida por 120 personas. Número que más que casual es intencionado. Lucas recurre a él para expresar la organización eclesial. Los Once consultan a la comunidad para que presente un candidato que llene el puesto dejado libre por Judas. Era necesario, en el momento de la constitución de la Iglesia, el número Doce -símbolo de lo universal y completo (recuérdense las doce tribus de Israel. Es decir, todo el pueblo)- fuese una realidad completa.

¿A qué se debe el empeño de ser DOCE?

Jesús había escogido a Doce discípulos "para que estuvieran con El" (Mc 3, 14) y les anunció que al final de los tiempos se sentarían con el Hijo del hombre "para juzgar a las doce tribus de Israel" (Mt 19, 28). Esta cifra de doce es tradicionalmente muy importante para Israel y las profetas anunciaban para el final de los tiempos la restauración de las doce tribus. Este empeño de los apóstoles por ser Doce manifiesta, por tanto, la conciencia que tienen de que son ellos el verdadero pueblo de Dios, el nuevo Israel. Se trata de una continuidad con Israel. La Iglesia nace con muchos siglos de tradición, heredera de la promesa hecha a Abraham y a sus descendientes.

Consultada la comunidad presenta a dos candidatos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Lo característico del ministerio para el que se busca candidato está en el servicio. Al fin y al cabo se trata de continuar el ministerio del Maestro. Además, requeriría unas condiciones especiales. Para ser apóstol se precisaba haber sido testigo de la Resurrección. Esta fe en la resurrección era el lazo de unión entre el cristianismo y el judaísmo. Era necesario también haber sido testigo de la vida terrena de Jesús, a partir del bautismo de Juan. Así se garantizaba la tradición evangélica y la continuidad de la Iglesia con Jesús y su mensaje. Los cimientos del edificio debían estar tan unidos al Jesús de la historia como al Cristo de la fe, que vive en la Iglesia. Tenía que haber una garantía para que la predicación fuese auténtica.

Oraron juntos al Padre y acto seguido, mediante el sistema de las suertes, tan común en el Antiguo Testamento, fue elegido Matías agregado al número de los once apóstoles (Hch 1, 26). La elección se llevó a cabo echando suertes, manera consagrada por la práctica cultual del Templo. Depositaron en un recipiente dos tablillas, cada una de las cuales llevaba escrito el nombre de uno de los candidatos propuestos. Se agitó luego el recipiente y la suerte decidió. Previamente, sin embargo, toda la asamblea oró para que el Señor hiciese caer la suerte sobre aquél a quien El mismo hubiese escogido para suceder a Judas, el cual había partido para el lugar que le correspondía. En esta oración se dirige la palabra a Dios como a escrutador de los corazones, es decir, como a quien conoce lo íntimo del hombre, de donde procede toda decisión moral. A Matías, sobre quien recayó la suerte, no se le vuelve a mencionar en el Nuevo Testamento.

Ya están los Doce, número simbólico como hemos señalado anteriormente. También el autor sagrado hace que estén presentes en Jerusalén doce pueblos provenientes de todo el imperio romano. Sobre ellos se cimentará la nueva comunidad que dejará ya en ese momento de ser grupo para constituir una comunidad viva. Así surgió el nacimiento de la Iglesia.

Lucas, como hemos dicho en otro, apartado, sacrifica la precisión histórica en favor de su enfoque teológico, por eso, introduce la elección de Matías antes de Pentecostés de manera forzada desde un punto de vista histórico-cronológico. Sin la incorporación de Matías, el "espíritu" habría infundido, su fuerza sólo a los "once". Pero el autor sagrado quiere presentar la comunidad cristiana apoyada en el liderazgo de los Doce. De aquí que no duda en colocar como testigo de Pentecostés y recibiendo el "pneuma" a Matías.

De hecho, la elección de Matías presupone la muerte de Judas y ésta –según Hch 1,18- acaeció mucho después de pascua, ya que tuvo tiempo para poder comprar un campo. A Lucas no le importa tanto el tiempo cuanto el enfoque teológico que quiere dar a su narración. Además, podemos recordar que Pentecostés -visto teológicamente- no es un día determinado, sino un momento histórico que se inicia con la resurrección de Jesús y llega hasta el fin de los tiempos y en ese intervalo cada hombre tendrá su Pentecostés bíblico si de verdad llega a ser cristiano. Porque cristiano no es el que ha recibido el bautismo sin preocuparse de salir de su egoísmo si no aquel que convive amorosamente y hace partícipe de ese amor que le infundió Cristo resucitado a toda la comunidad.(TEXTO de pentecostés mío)

La eclesiología de Lucas inserta a los Doce (jerarquía) en la experiencia pentecostal. Si seguimos el planteamiento lucano, no podemos olvidar a los "ciento veinte hermanos" que estaban presentes en el suceso de Pentecostés. Todos estaban reunidos, unos y otros. La comunidad cristiana, según Hechos, estuvo constituida desde sus orígenes, por la jerarquía (los doce) y por la base o grupo numeroso (los ciento veinte). Todos ellos, fueron penetrados por el "Espíritu" del Resucitado, empezando así la marcha de la comunidad eclesial. A la hora de tomar iniciativas se armonizaba el equilibrio entre jerarquía y base. Quizá ese engranaje fue la causa de que no prevaleciese un integrismo religioso (si sólo actuaba la jerarquía) a un activismo desviado (con la sola actuación de la base). Pero teniendo en cuenta el significado del Pentecostés bíblico (encuentro con Cristo resucitado) esta comunidad eclesial (jerarquía base) no se constituyó en un día determinado. Fue surgiendo en el transcurso de varios años a medida que la comunidad empezó a estructurarse.

Después de la experiencia que tuvo la comunidad por la fuerza del "espíritu", se sintió impulsada a contárselo a todos. Estaba convencida de que era el Espíritu del resucitado quien le impulsaba a hablar.

¿Qué contaron los apóstoles y cómo lo resumieron al pueblo?

Contaron cuanto habían visto y de lo que habían sido testigos: contaban cómo se habían encontrado con Jesús, cómo le habían seguido, cómo habían presenciado su condena y su muerte y sobre todo, cómo habían sido testigos de que vivía, es decir, de que Dios le había resucitado de entre los muertos, y que todo ello contenía un mensaje de salvación para todos.

Pronto debieron sentir la necesidad de disponer de un resumen muy breve, muy incisivo, de todo lo que contaban para que les sirviera de síntesis o de proclama inicial que suscitara la atención de todos y sirviera para reflexión profunda entre los oyentes. Debían ser frases escuetas que contuvieran la esencia de cuanto contaban y de su significado, que pudieran ser retenidas con facilidad en la memoria y que no admitieran equívocos ni interpretaciones incorrectas. Más tarde podrían ser ampliadas y desarrolladas en profundidad. Lo importante era que les sirvieran como punto de referencia obligado para cualquier duda o confrontación de lo que proclamaban.

En las escrituras del Nuevo Testamento tenemos varias de estas proclamas. Así fue formulando la Primera Comunidad de Jerusalén su propia fe desde los primeros momentos. Sabemos cómo comparecieron en público para hacer con audacia este anuncio sorprendente y esta peligrosa denuncia: "Entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis" (Hch2,36). En unos versículos anteriores se nos dice: "a este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos" (Hch. 2, 32).

Es precisamente gracias a la resurrección por la que recibe Jesús las prerrogativas que le acreditan como Señor y, más aún, como Mesías. Jesús era ya Señor y Mesías antes de su nacimiento (Lc 2, 11), pero a través de su muerte y resurrección, tomó posesión de su trono a la derecha de Dios y fue constituido Señor. Jesús es el Señor. Es la fórmula original de la fe cristiana. Fórmula de primera hora, utilizada en la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén; no procedente, en su origen, de las comunidades helenistas, como se ha dicho tantas veces.

Las afirmaciones de Pedro y los apóstoles conmueven a sus oyentes. ¿Por qué? En primer lugar porque se les echa en cara su culpabilidad. Y se hace así precisamente para provocar su arrepentimiento. Por otra parte, caen en la cuenta de que han llegado los tiempos últimos. Se halla implícito en la cita de Joel 3, 1-5 incluida en el discurso de Pedro después de Pentecostés.

¿Cuál fue la reacción de los oyentes?

Al escuchar el discurso de Pedro, los oyentes se hallaron ante el momento del juicio. Esto explica su reacción: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?" (Hch 2, 37). Este debería ser el interrogante de todos los oyentes del evangelio. Y a este interrogante universal responden las palabras de Pedro, que recogen las exigencias universalmente validas:

- invitación a la conversión
- recepción del bautismo
- promesa del Espíritu.

El arrepentimiento-conversión se manifiesta en la recepción del bautismo. Lo mismo que ocurría en la misión del Bautista. Pero ahora el bautismo ha adquirido un nuevo significado y poder, que le son dados por la muerte-resurrección de Jesús. El bautismo se celebra en su nombre, es decir, el bautizado, entra a formar parte de su propiedad y queda agregado a su pueblo.

Aquel día se convirtieron unas 3.000 personas. Lucas se complace en enumerar el gran número de convertidos y el éxito del evangelio entre el pueblo. Pero lo hace no por espíritu triunfalista, sino: para poner de relieve la fuerza irresistible del evangelio, la presencia operante del Espíritu y la bendición divina que se había derramado sobre la Comunidad primitiva (sus razones son, por tanto, teológicas, no meramente históricas).

Pero, ¿de qué modo se realiza esta conversión o encuentro entre Cristo resucitado y el hombre dispuesto a creer? La respuesta no puede ser más sencilla: en el kerigma.

¿Qué es el Kerigma y cuál es su contenido?

La palabra "kerigma" proviene del griego; añadiendo el sufijo ma a la raíz keryk, surgió el sustantivo "kerygma o kerigma". Su significado tardío es "promulgación" solemne, el grito del heraldo que anuncia oficialmente un hecho o acontecimiento. Se aplica en el libro de los Hechos a la proclamación del núcleo central de la fe cristiana (salvación por la muerte y resurrección de Cristo), que se hace en forma de testimonio para suscitar la fe del oyente. El kerigma (como síntesis

de la predicación cristiana) no es un extracto del evangelio o de la Escritura, sino que más bien es él la fuente de donde brota el evangelio, que convierte el kerigma en predicación y desarrolla así la revelación, que en él se hace palabra (H Schlier).

La promulgación kerigmática, tal como arranca de Pentecostés, lleva a la conclusión que los apóstoles admitían sin más en su comunidad a quienes confesaban que Jesús, aunque muerto en la cruz, recibió de Dios el privilegio de resucitar (Hch 2, 32-33), por lo que seguía vivo, haciendo partícipes de su nueva vida a todos los que le aceptaban como el fundamento de su existencia. Para ser cristiano, según esto, no era necesario, en un principio, admitir que Jesús fuese Dios. A tal conclusión llegaron las creyentes después de un largo proceso de reflexión.

Tanto los apóstoles como los fieles de la Comunidad de Jerusalén, al recibir el bautismo del Espíritu, aceptan al Resucitado como líder indiscutible, con lo que queda instaurado el nuevo reino mesiánico, llamado Iglesia. La Iglesia recibe del kerigma su unidad. Pero, ¿cuál es el contenido de este kerigma? Ya lo hemos dicho **Cristo Resucitado**. Si un hombre, recibiendo el kerigma, acepta a Cristo resucitado, quedaba convertido en cristiano. Pero el cristianismo primitivo no podía conformarse, para su desarrollo sociológico, y religioso, con un simple asentimiento al suceso pascual. Se necesitaba savia nueva para no fenecer. De ahí que la Comunidad de Jerusalén trató de llegar a un mejor conocimiento de Cristo, con quien se sentía vinculada gracias al kerigma.

Por esta inquietud cristiana de la comunidad primitiva se elaboró una cristología kerigmática paso a paso. Se consiguió, por una parte, descubriendo en los discursos de Pedro que nos relata Lucas en los primeros capítulos de Hechos, algunas expresiones cristológicas. Por otro lado, la Comunidad de Jerusalén estaba integrada por miembros que procedían la mayor parte del Judaísmo. Con esta mentalidad, se vio precisada a enriquecer su cristología con títulos y expresiones procedentes de la tradición recogida en el Antiguo Testamento. Así Pedro puso todo su empeño en recordar que Dios ha constituido Señor y Mesías a Jesús. Ambos títulos son muy frecuentes en la literatura del Antiguo Testamento.

¿Señorío presente a señorío escatológico de Jesús?

El título de Kyrios (=Señor) era acordado a Yahvé por la tradición judía, haciéndolo extensivo el cristianismo a Jesús. Jesús era considerado algo más que un simple hombre. Se le había atribuido liderazgo indiscutible sobre la comunidad a la que debía dirigir. De ahí que la comunidad primitiva diera a Jesús el título de Señor. Pero lo difícil es saber si tal señorío revestía -en la intención y mentalidad de los primeros cristianos- un carácter presente o escatológico.

Los profetas habían anunciado la llegada del tan esperado "día de Yahvé". La comunidad primitiva, especulando sobre el contenido de su fe pascual, comprendió muy pronto que el ansiado "día de Yahvé" se había realizado ya con la resurrección de Jesús. Todo ello permite suponer que se tenía conciencia de pertenecer a un reino tan largamente esperado. Está por tanto, en lo cierto Cullmann cuando afirma que es el reino "actual" de Cristo, inaugurado con su resurrección, lo que constituye el centro de interés dentro del cristianismo primitivo.

Ahora bien, esta afirmación de Cullmann no nos permite suponer que la expectación escatológica quedara al margen del primitivo dogma cristiano. Ya Jesús había preconizado, durante su vida pública, que vendría triunfalmente al fin de los tiempos (Mc 13; Lc 21; Mt 24-25). Aunque la esperanza escatológica fue tomando cuerpo sólo en la segunda mitad del siglo primero, hay que tener en cuenta que existían ciertas expresiones de origen arcaico que presentaban una convicción escatológica muy firme. Entre ellas está la fórmula litúrgica de fondo aramaico "maranatha". Mucho se ha discutido sobre su significado, pero lo más aceptado ha sido el deseo de la llegada gloriosa de Jesús: "ven, Señor". La fórmula se recitaba por la asamblea durante la celebración

eucarística. En esas reuniones, la primitiva comunidad compartía de forma muy intensa la presencia del resucitado.

En esas asambleas los creyentes suplicaban que Jesús se dignara a venir cuanto antes con una presencia triunfal, en la que Jesús se mostraría como auténtico Señor. Por consiguiente, queda fuera de duda la dimensión escatológica del señorío de Jesús. Esto explica que existiera un nexo muy fuerte: Pascua y la parusía. Ambas polos quedaban unificados por la fuerza de Cristo. Había sido constituido ya Señor en el momento mismo de su resurrección (Hch 2, 36), era esperado de forma triunfal para el fin de los tiempos (Hch 31. 21). Por lo mismo, la expresión Kyrios -tan frecuente en las primitivas confesiones de fe- pretende poner de relieve el dominio trascendente de Jesús, que sólo en su parusía inaugurará la etapa triunfal de su reino, pero que ejerce ya en la actualidad un dominio señorial reconocido por todos los que se confiesan cristianos.

De todo lo expuesto se deduce que la comunidad primitiva compaginó perfectamente el carácter escatológico-presente del señorío ejercido por Jesús. Este, a partir de su resurrección, comenzó a reinar en la Iglesia, la cual, desde el momento en que aceptó al resucitado como Kyrios, sintió la urgencia de organizar su vida en conformidad con las directrices marcadas por el propio Jesús. Así surgió en cada cristiano un profundo sentimiento de respeto y sumisión hacia Jesús, que se manifestaba como Señor, capaz de dirigir y guiar a su Iglesia.

Jesús ¿Mesías profético o dinástico?

En el discurso de Pentecostés (Hch 2, 36), Pedro afirma claramente que, en el momento de la resurrección, Dios elevó a Jesús a la sublime dignidad de **Cristo**, es decir, de Mesías. En realidad Cristo (griego: Christos) significa ungido y no es más que la traducción del original hebreo massiah, es decir, Mesías.

La comunidad de Jerusalén supo muy pronto que Jesús -por su resurrección- reunía todas las cualidades exigidas por la teología hebrea al futuro Mesías de Yahvé. No se sabe con certeza cómo surgió la figura del Mesías, aunque la mayoría se inclinan por colocar su origen en la dinastía davídica (2 Sam 7, 13-16). Es obvio que no se puede hacer depender la idea del mesianismo de la figura histórica del Mesías. Existe un mesianismo mucho más amplio, centrado en el reino mesiánico y en lo bienes referentes a él. Este reino exigía un poder ilimitado de Dios. Israel comprendió que Dios guiaba a su pueblo sirviéndose de sus representantes para defender sus intereses. Pero es sobre todo en tiempos de la monarquía cuándo se situó al rey como representante oficial de Yahvé. De ahí que el rey, para tomar posesión de su cargo, fuera ungido (=massiah) por el sumo sacerdote. El rey, de este modo, era considerado como un auténtico mesías, precursor del que inauguraría el reino de Yahvé. Fue sobre todo en tiempo de David cuando la expectación mesiánica llegó a su apogeo, pensando que el futuro Mesías saldría de su familia. Así se le había anunciado por medio del profeta Natán sobre el carácter eterno de su dinastía. David fue considerado como precursor del futuro rey-Mesías escatológico.

La dinastía davídica fue de mal en peor. Llegó a desaparecer sin esperanza de resurgimiento. Pero Israel no se desanimó ante tanto fracaso. Siempre hubo un "resto" con una fe inflexible en la promesa de Yahvé. La vuelta del destierro no fue triunfal, pero la esperanza mesiánica sobrevivió. Sin embargo, la reflexión mesiánica experimenta un cambio rotundo con la aparición del profetismo, que depura el ideal mesiánico en torno al "siervo de Yahvé". El siervo, con sus renunciaciones y sacrificios debía expiar los pecados de todo el pueblo. En este sentido, podemos afirmar que Jesús fue Mesías y tuvo conciencia de su condición. Desde una perspectiva teológica, Jesús fue Mesías desde su misma concepción, aunque no tuviera conciencia de su compromiso mesiánico. Este se consolidó poco a poco, culminando en la experiencia del bautismo. A partir de ese momento se lanzó a cumplir el programa que las profecías asignaban al Mesías.

En este sentido se puede afirmar que Jesús fue Mesías y tuvo además conciencia de su condición al menos durante su actividad pública. Sin embargo, impuso siempre silencio a quienes se interesaban por aclamarle como Mesías (Mc 1, 24-25.34...). Este “secreto mesiánico” en el que Marcos insiste más que los otros, se explica por la preocupación de Jesús en evitar errores acerca de su misión en el pueblo que esperaba un Mesías político y triunfador. Por lo que respecta al carácter dinástico de su mesianismo no afloró durante su vida, porque su reino se iba a instaurar en su resurrección. Así lo entendió la Comunidad primitiva, proclamando que Dios le elevó al rango de Mesías (dinástico) por su triunfo pascual.

Se ve, por lo tanto, como la proclamación hecha por los primeros cristianos, de Jesús como Mesías a raíz de su resurrección, no obsta a que Jesús de Nazaret fuera ya durante su vida terrena un perfecto Mesías-profeta. Luego Jesús fue Mesías-profeta durante su vida y a partir de su resurrección apareció como Mesías-rey.

Los títulos -Señor y Mesías- son los que reflejan la elaboración más arcaica del cristianismo naciente. Pero no eran suficientes para las exigencias cristológicas de los primeros cristianos. Estos deseaban llegar a un más profundo conocimiento de Jesús. Y por eso el anuncio kerigmático, con un enfoque cada vez más catequético, fue descubriendo nuevos conceptos o títulos en Jesús que a su vez iba alimentando la fe cristiana. Cada concepto nuevo cristológico fue experimentando un proceso evolutivo a la largo de la tradición. cuya única misión era resaltar la dimensión humano-divina de Jesús. Dentro de la misma tradición, unos títulos se interesan por situar a Jesús en un horizonte divino –“Hijo de Dios”, "Siervo de Dios", "Hijo de David"-, mientras otros pretenden acentuar su condición humana -"hijo del hombre", "justo", "santo".

Las confesiones de fe que el cristianismo primitivo ha enunciado en fórmulas breves de fe y de predicación, en himnos y en oraciones, son esencialmente una respuesta a la palabra de Dios revelada en Jesús. Toda ellas dan a Jesús de Nazaret un título de honor; Cristo (mesías), hijo de David, hijo de Dios, hijo del hombre, señor, es decir portador de la salvación eterna. El lenguaje de estas confesiones de fe se va modificando. Es el lenguaje de una época y de un ambiente, diferente cuando el evangelio se anuncia a los judíos o a los gentiles. El hecho esencial es que ninguno de los títulos y de los nombres recibidos del judaísmo o del helenismo ha conservado su significación sin cambiar. Jesús también nos pregunta a nosotros; "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" (Mc 8, 29). En el mismo evangelio, Jesús promete a sus discípulos que el conocimiento de El progresará. Así les sucedió y ¡ojalá! nos suceda también a nosotros.

3. CULTO, SOCIEDAD Y PECADO DE LA COMUNIDAD PRIMITIVA

¿Realidad histórica o comunidad ideal?

La comunidad de Jerusalén fue aumentando a partir de Pentecostés. El pequeña grupo se vio engrosado con tres mil miembros más que pidieron el bautismo. Aunque no sea histórico el número de convertidos sí que nos lleva a creer que la fuerza del evangelio era irresistible, porque lo que se cuenta en las primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles sobre la primitiva comunidad de Jerusalén tiene, en gran parte, rasgos idealizados, presentándolos como modelo de vida.

Hay razones para pensar que los cristianos de Jerusalén se consideraban al principio como un grupo especial dentro del mundo cultural judío. Tomaban parte en el culto del Templo, practicaban la circuncisión y se atenían a las prescripciones judías referentes a los alimentos. Pero se diferenciaban radicalmente del resto de los judíos de Jerusalén por su convicción de la posesión del

Espíritu. De ahí que el relato de Pentecostés (Hch 2, 1ss) proceda en su forma primitiva de la comunidad de Jerusalén. Muy pronto, a través del bautismo: en nombre de Jesús los nuevos miembros quedaban marcados con un sello como propiedad del Señor que había de venir, recibiendo como señal al Espíritu.

Se continuó practicando como banquete comunitario escatológico las comidas comunes que Jesús había celebrado con los suyos durante su vida terrena. Así, este ágape, que era una comida completa, llegó a ser un banquete mesiánico, de manera muy parecida a los que anteriormente celebraban. los esenios del Mar Muerto. Entre los diferentes elementos que se han conservado en la tradición de la cena del Señor, parece que se pueden asignar a la comunidad de Jerusalén los siguientes:

- las palabras escatológicas del relato de la institución eucarística (Mc 14, 22-24)
- las oraciones de la comida interpretadas escatológicamente y que debían ser muy parecidas a las plegarias eucarísticas
- la exclamación litúrgica “¡Ven, Señor!” conservada todavía en arameo; "Maranatha". También era común la alegría escatológica.

La primitiva comunidad cristiana es presentada como la comunidad ideal. Es la imagen del tiempo original de la Iglesia, pero no debe entenderse ni como una estricta realidad histórica ni como fruto exclusivo de una elaboración idealizadora. Los primeros cristianos quieren vivir con tal intensidad su compromiso cristiano que Lucas nos los ha relatado como modélicos, resumiéndolos en sumarios que presentan algunos aspectos de su vida.

¿En qué consistía su culto?

El primero de los sumarios (Hch 2, 42) describe la vida cultural de aquella comunidad cristiana original. Nos ofrece un resumen del culto tal como entonces se celebraba. Comprendía las partes siguientes:

1.- La enseñanza dada por los apóstoles. Ellos eran los verdaderos testigos de la vida y mensaje de Jesús puesto que habían convivido con El. No podían acudir a otros maestros que a los "Doce". No existían teólogos y los rabinos no podían ofrecerles nada referente a la doctrina de Cristo.

2.- La común-uniión o koinonia, que, además de la unión espiritual, comprendía la ayuda necesaria de tipo material compartiendo los bienes con toda diligencia. Se practicaba, no la comunidad de bienes como veremos mas adelante, sino el socorro de los pobres.

3.- La fracción del pan que es la forma de describir la celebración eucarística y que, probablemente, comenzaba con la fracción del pan para todos los asistentes. Este rito inicial pasó a significar toda la acción litúrgica. La comunidad lo celebraba como recuerdo-conmemoración de las comidas de Jesús y, en especial, de la última cena y como signo anticipado de los bienes escatológicos.

4.- La oración que practicaban en el Templo por ser judíos y, además, en casas particulares rezando al Padre en nombre de Jesús por ser cristianos. En las familias judías, la comida estaba inseparablemente unida a la oración de acción de gracias. Lo mismo ocurre en estas comunidades cristianas. Las oraciones recitadas eran las mismas que rezaban los judíos. Naturalmente hay que suponer que muy pronto surgieron oraciones específicamente cristianas, como la del padrenuestro.

La vida de la comunidad era una alabanza a Dios. Por eso se ganaban el favor o la admiración de todo el pueblo sintiendo temor por los prodigios que veían. Exactamente lo contrario a lo que

ocurría a los dirigentes judíos (Hch 4, 1ss). Cada día, señala Lucas, se les agregaban mayor número de convertidos como signo de la salvación escatológica.

No sólo los apóstoles hacían muchos milagros y prodigios en medio del pueblo, sino que la mayoría de los cristianos se afanaba en difundir la fe cristiana, de modo que “crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor” (Hch 5, 14). Pero también hay infidelidades: fraude de Ananías y Safira (5, 1-11), favoritismos y murmuraciones (6, 1-6), deseo de compra de bienes espirituales (8, 9-24), estrechez de conciencia y agitaciones (11, 1-18), choques temperamentales (15, 36-40). Con todo, los primeros cristianos eran alegres, ejemplares y producían admiración y simpatía entre el pueblo.

¿En continuidad o en ruptura con el judaísmo?

Los primeros cristianos vivían dentro del judaísmo. Todavía no se había producido la ruptura provocada por la radical novedad cristiana, que los judíos no estaban dispuestos a aceptar. De momento hay, al menos, una coexistencia pacífica. Así lo demuestra el relato de curación de un parálítico, que se realiza en el marco de la vida normal judía (Hch 3).

Pedro y Juan se encaminaban hacia el Templo sobre las tres de la tarde, hora del sacrificio diario del cordero en el altar situado delante del Templo. A la hora indicada, una vez por la mañana y otra por la tarde, los judíos interrumpían su ocupación, fuera la que fuera y estuvieran donde estuviesen, para unirse al sacrificio del cordero. Si les era posible acudían personalmente como lo hicieron Pedro y Juan. Pedro actúa y toma la palabra.

Que se encuentren mendigos en las inmediaciones de los templos es un fenómeno corriente y la práctica de la limosna era, particularmente para los judíos, una obra buena comparable con la de hacer oración. En la teología de Lucas, los milagros son importantes; manifiestan que aquella comunidad era algo más que palabras, era hechos. Se ve la acción del Señor. No importa tanto la historicidad ("¿qué es lo que ocurrió?"), sino el preguntarnos hoy nosotros si somos "milagro" (=signo que se ve) para aquellos con los que vivimos, como lo fueron los apóstoles para su comunidad.

Este milagro de curación significa también el cumplimiento de la palabra de Jesús, que había encargado a sus discípulos que curasen a los enfermos y anunciaran el evangelio. Pedro, pues, aprovecha la ocasión para anunciar explícitamente el evangelio, mandando levantarse al enfermo en nombre de Jesús de Nazaret. Es un símbolo del poder vivificador de Jesús representado en el “nombre” que es sinónimo de la persona y de su autoridad. Pedro quiere demostrar que Jesús sigue vivo, tiene el mismo poder y que ha sido constituido Mesías y Señor (confesión de fe) (2,36).

Este milagro sirve como punto de apoyo para la exposición del kerigma cristiano. Ante el hecho realizado por Pedro la gente se llenó de admiración hacia los apóstoles. Pedro niega que ellos hayan sido la causa del hecho y aprovecha la ocasión para hablarles del Dios del Nuevo Testamento que sigue siendo el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Sólo que ahora han llegado a su cumplimiento las profecías del Antiguo Testamento apareciendo un poder nuevo capaz de salvar al hombre. Pedro interpela al pueblo en el corazón mismo de su religión, es decir, en el Templo. En el discurso se destaca la importancia de la fe (v.16) y un tema que se había mencionado, ya en el sermón de Pentecostés (2.36): la culpa de Israel.

¿Cómo reaccionaron las autoridades judías?

El milagro realizado y el discurso que siguió produjeron una reacción hostil por parte de las autoridades judías. Se mencionan en dos grupos: los sacerdotes y saduceos por un lado, y los

escribas y fariseos por otro. El primer grupo promueve la detención de los apóstoles. Como la principal doctrina de este grupo consistía en negar la resurrección de los muertos (Hch 23,8). Lucas los considera archí enemigos del movimiento cristiano y los coloca en primera fila entre sus perseguidores. Por otra parte, los fariseos aparecen como defensores de la fe en la resurrección, por eso, sólo se mencionan por ser miembros del Sanedrín.

Lucas pone en contraste el número de los convertidos entre el pueblo y la hostilidad de los jefes perseguidores. El autor sagrado menciona en su relato, además de Anás y Caifás, que son conocidos por los evangelios, a Juan, de quien, aparte de ser el sucesor inmediato de Caifás, sabemos muy poco, y a Alejandro, de quien nada sabemos. Todos ellos formaban parte del gran Sanedrín (o gran Consejo), el más alto tribunal de los judíos que constaba de 71 miembros (Núm 11,16-25: Moisés y los setenta ancianos) que, en la época que nos ocupa, comprendía tres grupos:

- 1.- Los pontífices (en el Nueva Testamento se les llama también “sumos sacerdotes”), ejercían una influencia decisiva; estos no eran los sumos sacerdotes depuestos o cesantes, ni sus parientes, sino los Jefes de los sacerdotes del Templo.
- 2.- los escribas, que eran los grandes peritos de la ley, y pertenecían casi exclusivamente al partido de los fariseos.
- 3.- los ancianos, que no eran ni sacerdotes ni escribas. pertenecían según parece, a las familias aristocráticas más distinguidas, y en ideas estaban próximos a los saduceos.

La presidencia la ejercía el que entonces ocupara el cargo de Sumo Sacerdote en sentido estricto; este era elegido entre los jefes de los sacerdotes del Templo. El cargo era vitalicio de suyo, pero los romanos nombraban y deponían Sumos Sacerdotes según su propia voluntad.

En el relato se mencionan por su nombre a los miembros del primero y más importante grupo del Sanedrín, el de los sumos sacerdotes (en sentido amplio), o jefes de los sacerdotes del Templo. Anás es el único que recibe el título de Sumo Sacerdote y es nombrado en primer lugar, porque gracias a su edad, a su astucia y a sus relaciones de parentesco ejercía aún, a pesar de haber sido depuesto, el mayor influjo en el Sanedrín.

La realidad del milagro no la pueden discutir, pero la situación se les agrava al conocerse el hecho por toda la ciudad, afirmándose que se atribuye el prodigio a aquel Jesús de Nazaret que ellos odian.

Al mismo tiempo, se cumple aquí la promesa de Jesús, de que, cuando llegue el peligro de las persecuciones y tengan que defenderse, el Espíritu Santo les pondrá en la boca las palabras necesarias para ello (Lc 12,11-12). Con más energía que en los anteriores discursos, Pedro resalta aquí que los hombres no pueden conseguir la salvación si no es a través de este Jesús, el verdadero Mesías, a quien ellos habían rechazado. Jesús es el único mediador de la salvación: ésta es una verdad fundamental de la religión cristiana.

La intrépida confesión de Pedro hacia Jesús produce su efecto ante los miembros del Sanedrín. Es cierto que no se deciden a convertirse, pero, delante de aquel enfermo curado no aciertan a oponerles un argumento de peso. Descartan la idea de imponerles un castigo, quizá debido a la admiración que siente el pueblo ante ellos, pero quieren impedir que el hecho se siga divulgando y les prohíben formalmente que continúen predicando sobre Jesús.

Ellos se resisten decididamente apelando al deber que tienen de obedecer a Dios antes que a los hombres.. Y afirman que no pueden dejar de comunicar a los demás todo lo que han visto y oído. Era una hermosa forma de conciliar el respeto a la autoridad y la más completa libertad de espíritu.

Puestos ya en libertad, volvieron a los suyos y les contaron todo lo sucedido. Al oír tales noticias prorrumpan en una oración pidiendo a Dios les siga comunicando su fortaleza para confesar su fe en Cristo y no dejarse llevar del temor a las persecuciones de los judíos. La oración es escuchada en el acto. Tembló el lugar en que estaban congregados y todos se sintieron llenos del Espíritu Santo y seguían anunciando sin temor la palabra de Dios.

¿Fue real la vida de la primera comunidad Cristiana?

El autor sagrado nos va pintando la vida de la primitiva comunidad de Jerusalén. A través de cuatro capítulos vemos como vive esta comunidad y como se va organizando en Jerusalén. Lucas es un buen pedagogo que con relatos y discursos quiere hacernos descubrir las características que le parecen esenciales haciéndonos un resumen (sumario) de ellas.

- ponen sus bienes en común
- son asiduos a la enseñanza de los apóstoles
- celebran la fracción del pan (o Eucaristía)
- participan en las oraciones

Esta descripción de la primera comunidad con los cuatro ejes centrales de su vida es el lugar en donde, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, han venido a buscar su fuente de inspiración los grandes fundadores de comunidades religiosas y los cristianos más fervorosos.

La comunidad de Jerusalén tenía una asistencia social en favor de sus miembros necesitados. A todos se les socorría. Apoyándose en esto, se ha hablado de un "comunismo" de los primeros cristianos, queriendo presentarlo como el precursor del comunismo socialista actual, pero, equivocadamente. En ninguna parte se dice que los bienes de propiedad particular hubiesen pasado al dominio de la comunidad sólo se afirma que el auténtico amor fraterno llegaba a tal extremo que ninguno reservaba para sí la propiedad de sus bienes, sino que los ponía a disposición de los necesitados.

Hubo algunos que llevaran tan lejos su amor a los hermanos pobres, que vendieron sus posesiones para entregar el precio a los apóstoles y ayudar a los que tuvieran necesidad. Si estos rasgos se señalan como muy heroicos, es que no era lo normal en la comunidad. Además, si todos hubieran vendido cuanto poseían, pronto hubiera venido el hambre a la comunidad. Avalando esto tenemos el pasaje 12, 12, cuando Pedro fue puesto en libertad y se encaminó a casa de María, la madre de Marcos, situada en Jerusalén. María era aún dueña de su casa, hacía el año 44, y no se trataba de una cristiana poco fervorosa. Según esto, nadie fue obligado en la comunidad primitiva a vender sus bienes o posesiones en beneficio de los demás. Si lo hacía era por decisión libre con un amor desinteresado y generoso. De ahí la mención de Bernabé como un modelo insigne.

No hay duda de que la comunidad de Jerusalén contaba con muchos pobres. Quizás fuese debido a que muchos judíos de la diáspora se habían trasladado a Jerusalén en edad avanzada y no tenían bienes propio. La comunidad de Jerusalén era la Iglesia madre y, por lo tanto, parece justo que las comunidades-hijas que han recibido de ella los bienes espirituales compartían con alegría sus bienes materiales. De ahí parte la colecta que traen Pablo y Bernabé más tarde para los fieles de Jerusalén. Así será la gran ocasión de estrechar los lazos que les unen con la Iglesia madre. Las pequeñas pruebas humanas de amor llevan adelante la obra de Dios.

La vida de comunidad de los primeros cristianos, como ya hemos señalado, era una existencia paradisíaca tal como la habían predicho los profetas (Is 11, 6ss). Llenos de alegría, viviendo en la unión más estrecha de unos con otros, habiendo desterrado la codicia, compartiendo sus bienes materiales, robustecidos en tiempo de persecución por la presencia del Espíritu divino, parecían gozar de la plenitud de la paz mesiánica que debía señalar la restauración de Israel. Es verdad que estos cristianos de Jerusalén tenían en la mente la continuidad entre el cristianismo y la religión judía. Todavía resultaba inconcebible la idea de recibir paganos que no se hubieran convertido primero al judaísmo. Se habían puesto los cimientos del Reino, pero se escondía todavía en el futuro la naturaleza de la Iglesia que Cristo pensaba edificar sobre ellos.

¿Se conoce el "primer pecado" de la primera comunidad?

No todo era "buena noticia" en la historia de los primeros cristianos. También aparece el mal en la nueva comunidad. Sus protagonistas son Ananías y Safira, un matrimonio que rompe el amor generoso que había iniciado Bernabé poco antes, el compañero de Pablo en sus viajes apostólicos (Hch 5, 1-11).

Resulta extraña la historia de Ananías y Safira. Su pecado se presenta como el primer pecado en la comunidad de Jerusalén. En cuanto tal, nos plantea el problema de la persistencia del mal en la Iglesia: esta comunidad de la Nueva Alianza no se ve todavía libre del pecado. A través de este hecho vemos que sigue siendo real la lucha entre el Tentador y el Espíritu (los dos verdaderos protagonistas de este drama) y que este pecado de Ananías y de Safira se convierte en el símbolo de todo pecado, algo como el "Pecado original" en la historia de la Iglesia primitiva.

¿Cuál fue, históricamente, el pecado de Ananías? Es imposible saberlo. El pecado de estos esposos parece que consistió en haber querido dar la impresión de ser generosos entregando todo el importe del campo a la comunidad, sin retener nada para sí. Pedro lo descubre y les amonesta por su engaño contra el Espíritu Santo, y por lo mismo contra Dios. Es decir su culpa estaba, no tanto en haberse quedado con parte del dinero, sino en afirmar que lo habían entregado todo. Con el dinero podían hacer lo que quisieran, pues era suyo, pero debían evitar el dolo que ponía en peligro la convivencia pacífica de la Comunidad. No les era lícito fingir que renunciaban voluntariamente a todo y lo entregaban en beneficio de los pobres. Esto era una hipocresía. Al cristiano se le exige libertad de actos. Libertad ante Dios y ante los hombres. La mentira hipócrita de aparentar lo que no se es, es impropio de la nueva economía. Los seguidores de Cristo han de ser consecuentes con sus propios actos. La actuación de este matrimonio cristiano retorna la historia de Israel al antiguo paradigma.

Posiblemente en este pecado de Ananías se está reflejando el primer pecado de la comunidad cristiana: aparentar lo que no se es, es decir, lo que no se vive ¿seguirá estando vigente en la actualidad? El matrimonio actuó como muchos cristianos actuales. La representación de su muerte externa habla de su muerte interna. El cristiano cuando dona su amor tiene que hacerlo totalmente, como Cristo. No puede retener una parte. Tal evento es imposible.

CONCLUSIÓN

Hemos realizado un breve recorrido por la génesis y la historia de la primera comunidad cristiana. Dada la amplitud del tema nos ha parecido oportuno a la hora de su desarrollo, realizarlo a través de diversas preguntas. Creemos que de esta forma ha quedado expuesto con la síntesis necesaria para su correcta comprensión.

Génesis e historia de la primera comunidad de Jerusalén han quedado expuestas no tanto para comprender culturalmente lo acaecido en los primeros tiempos del cristianismo, sino más bien para sacar las conclusiones que nos permitan comprender nuestra propia historia de cristianos.

Todo el cristianismo primitivo gira en torno a la resurrección de Jesús: el Cristo, el Hijo de Dios. Los textos bíblicos son escritos que llaman a la fe del lector. Desde la fe y en la fe se aparece el resucitado. El apóstol es testigo de la resurrección.

Tras el estudio que hemos realizado únicamente se nos ocurre una pregunta ¿eres testigo de la resurrección? Si es así confesarás a Cristo como Señor. Como Señor de la historia porque, de hecho, es Señor de tu historia. Tu historia y la mía, en cuanto cristianos, es la historia de la Iglesia. Iglesia con sus claros y oscuros, como la vida misma. Con sus pecados que ya no son contravenir lo establecido, el pecado para el cristiano es más sutil, casi imperceptible, como el de Ananías.

Ahora no es posible ir al templo exterior si el interior está corrupto. El matrimonio del texto que hemos analizado estaba engañándose. Y un cristiano, he ahí el mensaje de este pecado de la primitiva comunidad, no puede engañarse porque en su fraude está implícito el mismo Dios.

La primera comunidad, a través de Lucas, supo mostrar que el cristiano no sólo tenía que ser recto ante los demás, sino, principalmente ante uno mismo. Este acontecer, si bien puede parecer utópico, no lo es para quien cree en Cristo. Para quien le proclama como Señor de la historia. Para quien se deja guiar, desde su particular Pentecostés por la fuerza del Espíritu.

La primera comunidad de Jerusalén vivió estas experiencias y las transmitió en los textos que nos ocupan para retomar a través de sus páginas la fuerza del Espíritu que, encarnada en cada cristiano, reviva y actualice en los signos de los tiempos que le han tocado vivir, estas mismas experiencias que trascendiendo al tiempo le hacen sentir el Reino prometido desde los orígenes.

NOTAS

1.- Conviene recordar al respecto lo que ya hemos indicado en otro curso de este mismo Instituto, en relación al valor simbólico de los números. La cábala semítica encierra un lenguaje en el que el mundo antiguo expresaba sus vivencias. En el caso que nos ocupa, el número doce debemos traducirlo por la totalidad del pueblo. Los cristianos formamos parte de este simbólico número. De ahí que al morir Judas nombraran a un sustituto. No se trata, por tanto, del valor aritmético, sino del simbólico que representa que en la Iglesia de Cristo está representada toda la humanidad.

2.- Obsérvese, y dentro de lo indicado en la anterior nota, que el número compuesto por la comunidad es de ciento veinte. Los primeros cristianos provenían del mundo judaico representado por las doce tribus de Israel aglutinadas en torno a la ley. Los mandamientos de la ley son 10 y las tribus 12; por tanto el nuevo pueblo de Dios representado en Cristo tiene que encerrar simbólicamente el antiguo paradigma: $10 \times 12 = 120$. La Iglesia irrumpe a partir del A.T. De ahí que el N.T. comience, míticamente hablando con 120 personas.

TEXTOS

GLOSARIO

Christos:	Cristo. Término griego que traduce la palabra hebrea Messiah y que significa el ungido.
Doce:	El pueblo (las tribus, los apóstoles, la Iglesia).
Escatológico:	Perteneciente a la escatología. El vocablo escatología se traduce generalmente como tratado de los novísimos o postrimerías. Es la rama de la teología que se ocupa del fin de los tiempos, tanto a nivel personal como a nivel colectivo.
Esenios:	
Kyrios:	Este vocablo designaba el señorío de Yahvé en la historia judía. El Señor. Más tarde las comunidades cristianas adaptaron el término a Jesús de Nazaret, ya que en virtud de su triunfo sobre la muerte se había convertido en el Señor de la historia.
Koinonia:	Con este término se designaba la común-uniión que existía en la primitiva comunidad de Jerusalén. No era tanto el desprendimiento material de las posesiones, sino la disposición de los bienes para atender las necesidades del pobre. Los bienes espirituales y materiales al servicio de las necesidades de la comunidad.
Maranatha:	Ven Señor, o, Señor nuestro, ven.
Messiah:	Vocablo que significa el ungido, el elegido por Yahvé. Este es uno de los términos con los que se reconoció a Jesús: Mesías.
Parusía:	Con esta palabra se designaba la llegada o presencia del rey cuando venía en visita oficial a visitar las provincias conquistadas. En teología se traduce por el momento escatológico en el que Cristo venga por segunda y definitiva vez como Señor de la historia.
Pneuma:	Espíritu de Dios asumido por la humanidad. El Ruah o espíritu de Dios se convierte en pneuma al ser "recibido" desde el génesis en las narices de Adán. Aliento vital, alma humana. Ser humano.
Qumran:	
Sanedrín:	Alto tribunal de los judíos. Consejo formado por las autoridades judías y compuesto por los jefes de los sacerdotes, los escribas y ancianos (71 miembros en total).

AUTOEVALUACIÓN

- 1.- El mesianismo que espera el pueblo era político y triunfante ¿cómo explicar que sin ser político el cristianismo haya cambiado la sociedad y sin ser triunfante haya prevalecido durante tantos siglos?
- 2.- Razona esta frase: Maranatah: Ven Señor. Jesús, que es el Señor ¿no viene? Estamos ante el fraude religioso más grande de la historia.
- 3.- Si Pablo no conoció al Jesús de la historia ¿cómo puede ser considerado apóstol?
- 4.- ¿Qué diferencias se observan entre la Iglesia de la primera comunidad de Jerusalén y la Iglesia actual; y con tu iglesia local?
- 5.- En los Doce está todo el pueblo, luego si yo soy “doce”, ¿puedo ser también apóstol?
- 6.- ¿Ver para creer o creer para ver?
- 7.- En las primeras comunidades el Kerigma era previo al evangelio. ¿Sigue siendo así?
- 8.- Observa el prestigio de los ancianos en la comunidad judaica y el actual en las comunidades cristianas. Compara y auto-evalúa los cambios.
- 9.- En el Antiguo Testamento se narra la historia del Padre, en el Nuevo Testamento la historia del hijo ¿dónde se narra y se sigue narrando la historia del Espíritu? ¿Estamos inmersos en ella? ¿Qué hacemos para propagarla?
- 10.- Iglesia es comunidad ¿cómo participo en mi comunidad? ¿me siento comunidad? ¿Iglesia católica (universal), o exclusivista (quien no cree lo que yo, se condena)?

TEST

- 1.- ¿Quién fundó la Iglesia?
- 2.- ¿Existen cambios en el acontecer de la Iglesia?
- 3.- ¿Cuál fue la cuna de la Iglesia?
- 4.- ¿Cuál es el principal protagonista del libro de los Hechos?
- 5.- ¿Qué significa, simbólicamente “Doce”?
- 6.- ¿Por qué la Iglesia primitiva recurre al simbolismo de esta cifra?
- 7.- ¿Qué condición se exigía para ser apóstol?
- 8.- ¿Cuál es la fórmula original que hemos destacado de la primitiva comunidad?
- 9.- ¿Qué era y es preciso creer para ser cristiano
- 10.- Resumen los elementos culturales y sociales de la primitiva comunidad?

RESPUESTAS AL TEST

- 1.- El Espíritu Saanto a través de los eventos resurrección-ascensión-pentecostés. Todo ello emana, a su vez, del señorío adquirido por Cristo al vencer a la muerte.
- 2.- Sí, porque si bien es fiel a su raíz: Cristo, no es menos cierto que se asemeja a una semilla que crece y cambia con los signos de los tiempos.
- 3.- Jerusalén, aunque posiblemente existiera otra paralela en Galilea. Por tanto podemos afirmar sin error que la cuna fue Palestina ya que en ella se encuentran ambas ciudades.
- 4.- El Espíritu Santo.
- 5.- El pueblo en plenitud, es decir, todos. Nosotros formamos parte de esos Doce.
- 6.- Porque desean entroncar con el antiguo Israel. La Iglesia es el Nuevo Israel que, simbólicamente, ha restaurado las doce tribus. La Iglesia es el pueblo de Dios que recoge las promesas de Abraham a través de la fe.
- 7.- Haber sido y ¡ser testigo! de la resurrección.
- 8.- Jesús es el Señor.
- 9.- El Kerigma: Jesús ha muerto y Dios le ha resucitado.
- 10.- La enseñanza, la común unión, la fracción del pan y la oración.

